LOS HOMBRES de la historia

37

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Hidalgo

Centro Editor de América Latina



Josefina Vázquez de Knauth

El 8 de mayo de 1753 nació en la intendencia de Guanajuato don Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla, conocido como el "Cura de Dolores" por su actuación en el movimiento independentista que allí se iniciara. El virreinato de la Nueva España, sin duda el más importante de los cuatro que componían el Imperio Español en América, experimentó a fines del siglo XVIII y principios del XIX la influencia renovadora de las ideas y acontecimientos originados en las colonias norteamericanas y en Europa; de allí que, al ocurrir la abdicación de los reyes legítimos de la metrópoli en 1808, a raiz de la política napoleónica, la situación estuviera madura para intentar sacudir la relación de dependencia. En los tiempos que siguieron los criollos se moverían activamente para el logro de este objetivo, destacándose entre ellos la figura de Don Miguel Hidalgo que el 16 de setiembre de 1810 encabezó un levantamiento popular.
Al frente de su heterogéneo y multitudinario ejército, realizó una campaña relámpago que estuvo a punto de darle el triunfo definitivo, pero las fuerzas españolas, más disciplinadas y veteranas, y el temor que despertarán en la población ciertos excesos de las tropas revolucionarias contribuyeron a dar por tierra con el intento. Derrotado el 16 de enero de 1811 por las tropas realistas de Calleja y Cruz en la batalla de Puente de Calderón, Miguel Hidalgo junto con otros líderes marcharon con rumbo al norte pero cayeron en una trampa en Acatita de Baján el 20 de marzo. El Cura de Dolores fue conducido a Chihuahua donde fue juzgado, degradado el 29 de julio y fusilado el 30 de ese mismo mes.

Títulos ya publicados

37. **Hidalgo - El siglo XIX**
Este es el segundo fascículo del tomo **El siglo XIX.**

Ilustraciones del fascículo Nº 37:
La editorial agradece a la Delegación del Departamento de Turismo del gobierno Mexicano en la Argentina su gentil colaboración. Todas las ilustraciones que figuran en el fascículo con la única excepción de las dos que reproducen murales de Orozco y que han sido proporcionadas por la autora del estudio, pertenecen a la Delegación citada que las ha cedido para su reproducción.

Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S.A., calle Luca 2223, Buenos Aires, en mayo de 1976
Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Capital.
Interior: Ryela S.A.I.C.F. y A., Bartolomé Mitre 853 5º, Capital

Hidalgo

Josefina Vázquez de Knauth

1753

El 8 de mayo nace Miguel Gregorio Antonio Ignacio, hijo de doña Ana María Gallaga y de don Cristóbal Hidalgo Costilla en la hacienda de Corralejo, de la intendencia de Guanajuato.

1765

Entra al Colegio de San Francisco Javier en Valladolid.

1767

Se realiza el 24-25 de junio la expulsión de los Jesuitas, por lo que su padre decide retirar a Miguel y a José Joaquín del Colegio. Para octubre los inscribe en el Colegio de San Nicolás Obispo de Valladolid.

1770

Presenta examen y obtiene el grado de Bachiller en Artes en la Real Pontificia Universidad de México.

1773

Obtiene el grado de Bachiller en Teología, en México, y gana una "beca de oposición" en el Colegio de San Nicolás.

1774

Se le conceden las primeras órdenes.

1775

Alcanza las órdenes mayores y gana por oposición una cátedra de Filosofía.

1778

Se le otorga el Presbiterado.

1784

Obtiene el premio en un concurso con su *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología escolástica.*

1787

Es nombrado tesorero, secretario y vicerector de San Nicolás.

1788

Obtiene la "sacristía mayor" de Santa Clara del Cobre.

1790

Se le nombra rector del Colegio de San Nicolás.

1792

La mitra lo obliga a renunciar y lo envía al curato de Colima.

1793

Se le envía al curato de San Felipe (Guanajuato), donde su casa se conoce como la "Francia chiquita".

1800

Asiste durante Semana Santa a algunas tertulias en Taximaroa. Su sentido del humor y su espíritu liberal asusta a varios de los concurrentes que lo acusan ante la Inquisición de haber expresado herejías, blasfemias y ofensas al rey.

1803

Al morir su hermano José Joaquín que era cura de Dolores, don Miguel Hidalgo solicita la plaza y la obtiene.

1808

Los acontecimientos españoles repercutieron en la Nueva España. El cabildo de la ciudad de México pidió que el Virrey fundara su poder en el nombramiento provisional del reino novohispano. El virrey Iturrigaray decidió reunir una junta representativa para resolver la situación. En sus sesiones, el Ayuntamiento de México mantuvo la tesis de que se debía reunir una asamblea representativa contando con el apoyo de Iturrigaray. El partido español lo depuso entonces violentamente el 15 de septiembre.

1809

Como resultado de los acontecimientos anteriores, en Valladolid se fraguó una conspiración que pretendía formar una junta o asamblea que gobernase el país en nombre de Fernando VII. El levantamiento, que se suponía tendría lugar el 21 de diciembre, no pudo realizarse porque la conspiración fue descubierta.

1810

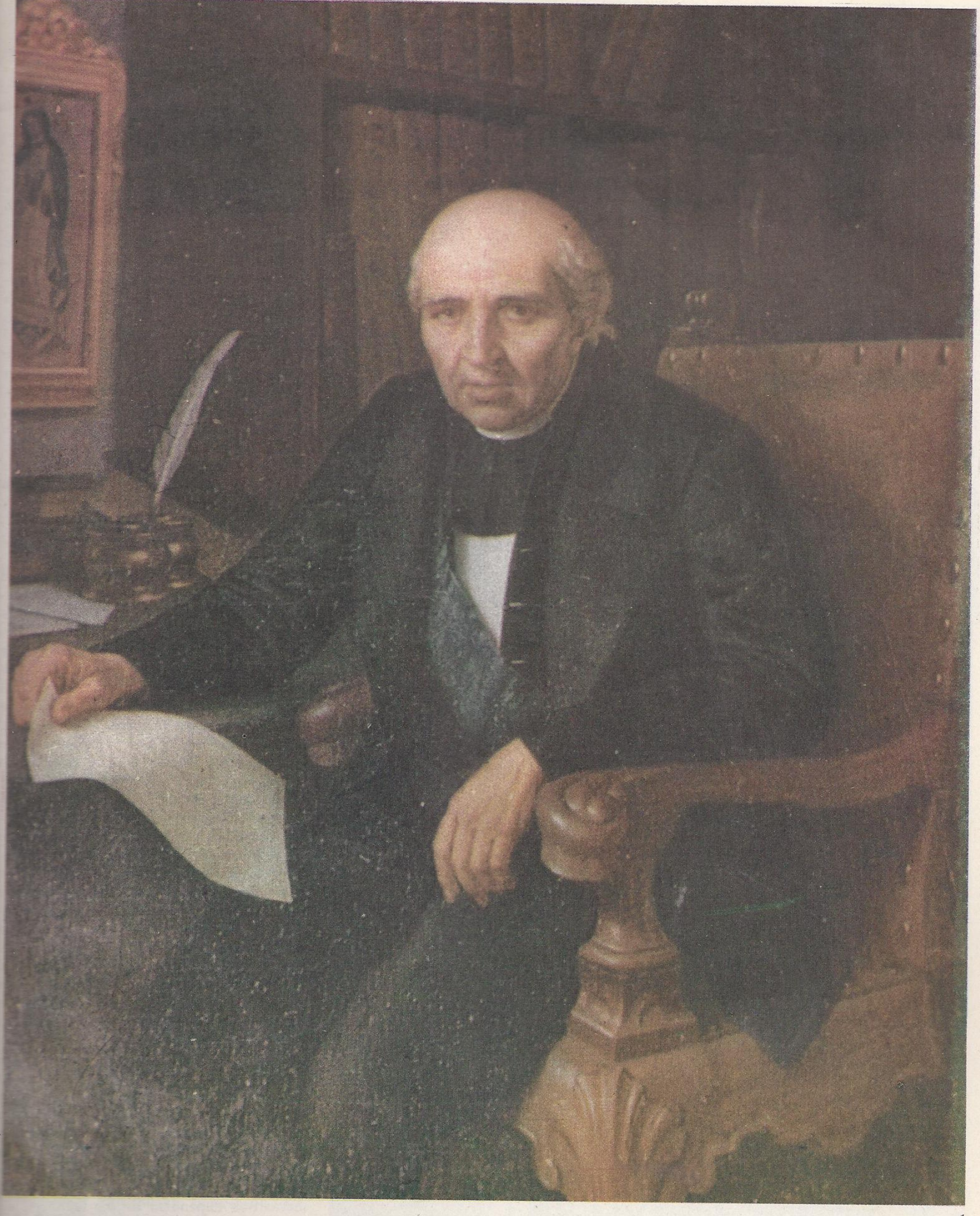
Se constituyeron varios centros de conspiración en el país, el principal de ello alrededor de la academia literaria de Querétaro. Se había fijado como fecha para realizar un levantamiento el 1º de octubre, pero, descubierta la conspiración, se apresuraron los acontecimientos. El 16 de septiembre Hidalgo resolvió entrar en acción. Su ejército se formó espontáneamente; de Dolores partió con unos seiscientos hombres que en pocos días se transformaron en varias decenas de millares. En Atotonilco, el Cura mandó colocar una imagen de la Virgen de Guadalupe en un asta y la convirtió en la enseña de los revolucionarios. No encontraron resistencia en San Miguel el Grande, ni en Celaya, pero el 29 de septiembre tuvo que dar una gran batalla en Guanajuato para tomar la Alhóndiga, donde los españoles se habían refugiado. Para el 17 de octubre entró Hidalgo en Valladolid, donde abolió la esclavitud y todas las cargas que gravitaban sobre indios y castas. De ahí se dirigió a la capital del Virreinato y después de la victoria de Monte de las

Cruces la ciudad parecía estar en sus manos, a pesar de lo cual decidió retirarse, porque las mejores tropas del reino se movían rumbo a la capital. Desgraciadamente el 7 de noviembre se encontró en Aculco con las tropas que trataba de evitar y fue vencido. Se retiró a Valladolid para reponerse y de ahí a Guadalajara, en donde fue recibido con grandes pompas el 26 de noviembre. Empezó a organizar su gobierno, pero pronto empezaron a llegar malas noticias. La revolución se había esparcido como epidemia, pero, constituida por ejércitos espontáneos, la acometida de los ejércitos profesionales era muy efectiva. Las plazas principales fueron cayendo una a una.

1811

Al acercarse a Guadalajara las tropas realistas de Calleja y Cruz, Hidalgo decidió presentarles combate y fue vencido en la batalla de Puente de Calderón, el 16 de enero de 1811. Los principales líderes marcharon con rumbo al norte, pero cayeron en una trampa en Acatita de Baján el 20 de marzo. Hidalgo fue conducido a Chihuahua donde fue juzgado. El 29 de julio se le degradó y el 30 de julio fue fusilado.

1. Miguel Hidalgo
(Dep. Turismo de México en Argentina).




1

"La joya más preciada de la Corona"

La Nueva España, uno de los cuatro virreinatos del Imperio Español, era sin duda el más importante por su situación estratégica y su riqueza, que lo hicieron convertirse, según el dicho popular en "la joya más preciada de la Corona española". El siglo XVIII, que tan pleno estuvo de acontecimientos notables en la historia del mundo, fue el siglo de oro para los mexicanos; el reino había adquirido un sello propio y sus recursos humanos, económicos y culturales le daban un lugar sobresaliente en el Nuevo Mundo. En territorio, era mayor el virreinato del Río de la Plata, pero el de la Nueva España era considerable, puesto que comprendía la América septentrional española, del paralelo 16 al 38. Aunque los novohispanos habían logrado plantar el pabellón español hasta Nutka, en Alaska, los límites efectivos estaban más al sur, en Texas y las Californias por el norte y en el Istmo de Tehuantepec por el sur. El inmenso territorio contaba con unos seis millones de habitantes, para el año de la visita del Barón de Humboldt (1803), y su capital, México, "la ciudad de los palacios", contaba ya con unos 200.000 habitantes.

Hasta el siglo XVIII habían habido en el territorio mexicano, dos reinos, el de Nueva España y el de Nueva Galicia, más la capitanía general de Yucatán, los gobiernos de Nueva Viscaya, Nuevo León y Nuevo México, con sus corregimientos y alcaldías mayores. Para 1789 se unificó todo el territorio en un solo reino y se introdujo la nueva organización a base de intendencias, de la cual resultaron doce provincias. El sistema político tenía como centro al Virrey, a quien seguía en importancia la Audiencia, con su cometido judicial y sus ingerencias gubernativas. Alcaldes Mayores, Corregidores y a partir de 1786, Intendentes, estaban al frente de distritos de mayor o menor extensión, como agentes del poder central para toda clase de funciones. Los cabildos estaban formados por dos alcaldes y un número variable de regidores, según la importancia del municipio. Con todo lo que se ha dicho, el sistema político-administrativo funcionaba en la Nueva España. Claro está que se cometieron excesos y abusos, en especial entre los magistrados inferiores, por la incultura y la miseria de los gobernados, que no sabían defenderse. Contra el abuso de autoridad había recursos ordinarios judiciales y extraordinarios, quejas y peticiones de amparo. La Corona había llegado a poner en práctica todo un mecanismo de control, desde las visitas hasta los juicios de amparo, pero como las funciones gubernativas dependían de los hombres, era natural que hubiera virreyes buenos, mediocres y malos.

No hay que olvidar la organización eclesiástica, tanto porque era tiempo en que la Iglesia formaba parte del Estado, como

por su influjo especial en un pueblo tan religioso como el mexicano y el papel tan importante que la Iglesia tenía en la colonia. Sus nueve obispados y un arzobispado, con sus múltiples parroquias, desempeñaban muchos servicios. Por un lado la administración del culto y el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones; por otro, la educación en todos sus niveles, la organización y administración de obras de beneficencia y el cuidado de la moral pública. Con todas esas funciones no sólo dirigía la vida social, sino que podía intervenir en los problemas políticos. Muchas de sus obras de beneficencia y educación fueron sobresalientes y su riqueza favoreció a menudo la vida económica, a través de una función casi bancaria. La mayor parte de sus bienes consistían en hipotecas sobre fincas rústicas y urbanas; los préstamos eran moderados y beneficiaban a los agricultores que podían garantizarlos, lo que explica que cuando la Corona, para salir de apuros, dispuso convertir esas hipotecas en préstamos del Estado, se produjera una protesta general.

Para principios del siglo XIX la economía novohispana presentaba un aspecto que tal vez no ha vuelto a tener. La agricultura, la ganadería y, en especial, la minería, estaban en auge, habiéndose desarrollado, en cierta medida, la industria. Todo ello daba por resultado que los ingresos del Virreinato, calculados a fines del XVIII en unos 20 millones de pesos, permitieran no sólo hacer cuantiosos envíos a la metrópoli, sino ayudar a solventar los déficits de Cuba, Puerto Rico, la Florida y las Filipinas.

El bienestar económico se había traducido también en embellecimiento, obras públicas y privadas que se multiplicaban por todas partes: grandes edificios y mansiones, acueductos, fuertes, caminos, puentes, iglesias, conventos y hospitales, sorprendían gratamente al viajero, al que no dejaba de llamar la atención el contraste con la choza nativa típica, casi siempre de adobe y teja o paja, expresión de la desigualdad social que, desde luego, distaba de ser única en el mundo.

La comunicación con el exterior se hacía en general a través de dos puertos, Acapulco y Veracruz, los cuales cumplían el importante papel de enlazar Oriente y Occidente. Por ahí entraban las influencias europeas y "exóticas" y algunos orientales que habían de dejar su huella en la ya rica mescolanza racial novohispana.

La accidentada topografía mexicana con sus valles áridos y fértiles, ofrecía aquí y allá, la sorpresa de hermosas ciudades. Unas favorecidas por estar en el paso de rutas importantes o centros de riqueza agrícola y ganadera, como Puebla, Jalapa, Guadalajara, Valladolid o Querétaro; otras a la sombra de la explotación mineral, como Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí. Con las debidas distancias, su florecimiento les permitía tener una vida social y cultural muy desarrollada, en términos del Nuevo Mundo.



2

1. Monumento a la independencia en la ciudad de México. "El ángel"

2. Cerámica de la provincia de Hidalgo

DOLORES HIDALGO

DOLORES HIDALGO

MEXICO, D.F.

1

2

Los seis millones de mexicanos que habitaban en vísperas de la independencia la Nueva España formaban un mosaico harto complejo, compuesto de blancos, indios, negros y sus mezclas. A grandes rasgos había para 1810, 107.928 españoles, 999.438 criollos, 3.676.281 indios y 1.338.706 castas. En el grupo blanco se distinguía pues el español, europeo o peninsular, nacido en la metrópoli, de los criollos o americanos, nacidos en la Nueva España. Se llamó en general casta a los hijos de negro y cualquiera de los otros grupos, aunque también se le dio una acepción más amplia que incluía todo aquel que no era ni indio ni español. Los mestizos, hijos de unión legítima, eran considerados blancos, pero el resto pasó a engrosar las castas, muchas veces por su carácter inestable. La mezcla más numerosa fue desde luego la de los mestizos, producto de la unión de blanco e indio pero, aunque los negros no fueron tan numerosos como en el Caribe, fueron suficientes para aumentar la variedad física de los habitantes del país, La mezcla de blanco y negro dio lugar al mulato; la del indio con negro, al lobo. Pero mestizos, mulatos y lobos fueron sólo mezclas básicas; en la Nueva España tuvo lugar una mezcla tal, que era difícil distinguir sus elementos, no obstante lo cual había nombres para ellas: castizo (para el producto de mestizo y español), morisco (de mulato y español), albino (de español con morisco), tornaatrás (español con albino), zambayo (lobo con indio), cambujo (zambayo con indio), albarzado (cambujo con mulato), etc.

Raza y clase constituyeron los fundamentos de la jerarquía económico-social novohispana. En la cúspide de la sociedad estaban los españoles y los criollos acaudalados. Los primeros dominaban el comercio y las altas jerarquías militares, eclesiásticas y civiles. Los criollos ricos eran dueños de la agricultura y de la minería y en general poseían riquezas mayores que los españoles. El resto de los criollos, junto a una parte de los mestizos, constituia la reducida clase media y ocupaba las jerarquías menores de la administración colonial. Españoles y criollos tenían los mismos derechos y en los dos grupos hubo miembros de clases altas y bajas, pero en la práctica la Corona, por desconfianza o por favoritismo, otorgó los puestos importantes a peninsulares, a pesar de que la clase criolla era más ilustrada. Esto produjo un resentimiento que empezó a expresarse en la preferencia del blanco criollo en ser llamado americano. Como apunta Humboldt, con frecuencia se oía decir a los criollos: "no soy español, soy americano". Junto al resentimiento se desarrolló, lentamente, un nacionalismo incipiente, estimulado por la confianza en las riquezas ilimitadas del país y la boga ilustrada europea de considerar inferior al Nuevo Mundo, que produjo una reacción defensiva.

Las características de los otros grupos humanos eran también explosivas. El indio tenía una supuesta igualdad jurídica con los españoles, pero en la realidad, por el régimen de tutela y protección a que se vieron sometidos, se les habían rebajado y cercenado muchos derechos. Se les prohibió usar el traje español, tener caballo con silla y freno, poseer armas. Tenía pequeñas tajadas de tierra y poco acceso a oficios productivos. En el escalón inferior de la sociedad, sin embargo, estaban los mestizos —producto de unión ilegítima— y las castas y negros libres. Estos grupos no podían ejercer casi ningún puesto público, ni ser maestros de los principales gremios. A mestizos y mulatos nacidos en legítimo matrimonio se les consideró españoles, pero se les excluyó de magistraturas y cargos, incluso de las de escribanos y notarios. En el *Informe del Obispo y Cabildo eclesiástico de Valladolid de Michoacán al Rey, sobre jurisdicción de inmunidades del clero americano*, fray Antonio de San Miguel anotaba: "casi todas las propiedades y riquezas del reino están en manos de los blancos. Los indios y castas cultivan la tierra, sirven a la gente acomodada y sólo viven del trabajo de sus brazos. De ello resulta entre los indios y los blancos, esta oposición de intereses, este odio recíproco que tan fácilmente nace entre los que lo poseen todo y los que nada tienen". El descontento era, pues, la característica más sobresaliente en el espectro total de la sociedad novohispana. Sin instrucción y con una vida miserable, el pueblo bajo seguiría a los líderes criollos, sin conciencia de los fines del movimiento, lo que explica su violencia y destructividad. El criollo sabía lo que quería, pero al usar al pueblo para alcanzar sus propios fines iba a rebasar la lucha por sus intereses y a convertirla en verdadera revolución social, característica que distingue el movimiento independentista mexicano.

La vida que llevaban los contrastantes grupos humanos mexicanos divergía también en forma notable. Indios y castas habitaban en el campo o en pueblos pequeños en donde la influencia indígena era sobresaliente. Mestizos y blancos, en ciudades y pueblos, donde el tono de vida era hispánico. Las grandes haciendas compartían las dos influencias. La vida fue bastante monótona hasta el siglo XVIII; sólo alteraban la paz y el orden puritano de la sociedad las ceremonias religiosas, las procesiones y los desfiles, a más de una que otra corrida de toros, "combates de cañas" o una representación teatral. El siglo XVIII y el afrancesamiento que trajeron los Borbones revolucionarón las costumbres por entero. Fiestas de campo, saraos, tertulias abiertas, bailes, casas de turco y billares, fondas, "botillerías" y cafés, se multiplicaron con rapidez en el reino y junto a ellos las extravagancias en el vestido y el baile por pareja. Claro que la Iglesia y el Tribunal de la Inquisición seguían velando por la moralidad pública, pero como la "modernización" no dejaba de tocar a todas las capas de la sociedad y había un cierto nivel de descuido y co-

1. Provincia de Hidalgo, capital Dolores

2. Finca de Hidalgo en Dolores

1. Cerámica de la provincia de Hidalgo

2. Reconstrucción del primer llamado de Hidalgo a los campesinos

3. Monumento en la provincia de Hidalgo


1

rrupción, las instituciones se hicieron menos estrictas. Los mismos libros prohibidos circularon bastante y los representantes del clero participaban de bailes y entretenimientos, con bastante poco recato. La cultura novohispana, que para el XVIII había consolidado muchas características peculiares, sobre todo en las artes plásticas, recibió la influencia renovadora de las reformas dispuestas por el despotismo ilustrado español. El esfuerzo hispano por introducir los métodos modernos en la enseñanza superior revolucionó bastante la educación en México. Para 1771 se abrió la cátedra de anatomía y práctica de operaciones en el Hospital de Indios; en 1779 el Seminario de Minería, que se había de convertir en institución modelo en su tipo; en 1784, la Escuela de Bellas Artes de San Carlos y en 1787, el Jardín Botánico. Aún en la Real y Pontificia Universidad de México se dejó sentir el modernismo filosófico cristiano, que iba a empezar a minar la hegemonía escolástica.

El fruto estaba maduro...

Como hemos visto, los criollos habían desarrollado un profundo resentimiento hacia los españoles, el que se iba a convertir en un resentimiento más profundo por varios acontecimientos internos y externos que harían más tensa la situación.
La ilustración y el bienestar de la Nueva España en el siglo XVIII, combinados con el incipiente nacionalismo criollo, había dado lugar a un optimismo desbordante. Los criollos llegaron al convencimiento de que la Nueva España era un lugar elegido por la Providencia. ¿No había sido elegido por la madre de Dios para aparecerse? ¿No era su clima ideal, de "eterna primavera"? Sus ciudades les parecían inigualables y sus riquezas infinitas. Y el argumento se seguía más o menos de esta manera: si a pesar de una administración tan mala como la española, con tantas trabas y tantos abusos, el país estaba tan floreciente, cómo sería cuando se retiraran esos obstáculos.
Los acontecimientos, por otra parte, parecían empeñados en estimular el descontento, acumulando agravio tras agravio. Tal fue el caso de la expulsión de los jesuitas en 1767. Este problema trascendía los límites del imperio español, puesto que era consecuencia de la lucha sostenida entre la tesis ilustrada del Estado y la Santa Sede. Los gobernantes ilustrados querían arrancar a la Iglesia ciertos derechos que consideraban propios del poder civil. Los jesuitas, por su voto particular, apoyaron al papado en la contienda, por lo que se convirtieron en el blanco favorito del gobierno en Portugal, España y Francia. Ahora bien, gran parte de la educación superior novohispana la constituían los colegios de la Compañía, que se contaban entre los mejores. Sus profesores, criollos muchas veces destacados, habían contribuido a introducir el modernismo filosófico y el método experimental. Las autoridades, conscientes del arraigo de los jesuitas, planearon la expulsión en completo secreto y con fulminante rapidez. Los jesuitas no ofrecieron resistencia, pero en algunos lugares los pueblos se opusieron a su salida. En Guanajuato y San Luis Potosí se provocaron verdaderos levantamientos que ocasionaron setenta ejecutados. La expulsión obligó al cierre de muchos colegios que dejaron un vacío importante, además de un nuevo agravio contra una autoridad que cada vez parecía más despótica y más injusta.
La segunda mitad del XVIII alimentó el autonomismo criollo de otras formas. Uno fue el pensamiento ilustrado mismo, en sus vertientes francesa y española. Los libros prohibidos circulaban bastante, gracias a los aires de los tiempos y a la ineficiencia burocrática. El francés se leía corrientemente en los círculos cultos, y fue un factor que facilitó el mantenerse al día en cuanto a las ideas y a los hechos. Estos, que fueron notables durante el último tercio del XVIII, con la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, iban también a estimular la imaginación criolla que daba muchas señales de haber alcanzado la mayoría de edad. Para fin del siglo, un sentimiento independentista empezaba a expresarse. Talamantes en su ensayo *Representación Nacional de las Provincias* analizaba las causas por las cuales las colonias podían legítimamente separarse de sus metrópolis y encontraba que dos de ellas eran aplicables a la Nueva España. Francisco de Azcárate llegó a expresar, ante el Colegio de Abogados, su deseo de independencia, deseo que, al decir de Abad y Queipo, empezaba a ser un impulso natural.
Al iniciarse el XIX, la irritación criolla había llegado a su límite y la situación económica de la península por la absurda política de Godoy, requería dinero constantemente. Los préstamos forzosos y el drenaje constante de la riqueza del país incrementaban la impopularidad del gobierno español, al tiempo que se fortalecía la seguridad y el optimismo criollos. Precisamente el acantonamiento de milicias en Jalapa, Córdoba y Orizaba ordenado por Iturrigaray para organizar la defensa del reino, a raíz de la guerra con Inglaterra, dio a los criollos oportunidad de darse cuenta del potencial militar de la Nueva España y constituyó una fuente de orgullo el oír, de labios del Virrey, que la Nueva España tenía fuerza suficiente para defenderse de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos y hasta de los tres juntos, si llegara el caso. En tal situación se presentaron los asombrosos acontecimientos de 1808. Los reyes legítimos de una de las más viejas casas reinantes europeas abdicaban el trono de España a Napoleón. Las colonias del Nuevo Mundo dependían de la Corona, por tanto nada ilógico iba a ser que los criollos consideraran rota la dependencia de España y defendieran la separación natural.

Miguel Hidalgo

El Bajío es una región rica de la altiplanicie mexicana. Aunque en algunas partes montañosa y árida, la mayor parte de ese centro tan importante de la vida mexicana es propicia para la agricultura. Precisamente en la parte que se abre hacia las tierras occidentales se encuentra el pueblo de Pénjamo, pueblecito en cuya jurisdicción se encontraba la hacienda de San Diego Corralejo, parte de lo que más tarde sería la Intendencia de Guanajuato.

Desde 1743 había llegado a la hacienda, para cuidar de su administración el criollo Cristóbal Hidalgo Costilla quien para principios de la siguiente década había de contraer matrimonio con doña Ana María Gallaga Mandarte y Villaseñor. Para 1752 nacía el primer hijo, José Joaquín y el 8 de mayo de 1753, el segundo, bautizado en la capilla de Cuitzeo de los Naranjos con el nombre de Miguel Gregorio Antonio Ignacio. Tres hijos más nacieron del matrimonio, Mariano, José María y Manuel, antes de que, en 1762, muriera doña Ana María.

Don Cristóbal mismo enseñó las primeras letras a sus hijos. Medianamente educado y truncadas sus propias ambiciones de continuar carrera universitaria por una enfermedad de los ojos, iba a decidir enviar a sus hijos mayores al colegio de los jesuitas en Valladolid, en 1765, puesto que su posición económica lo permitía. El Colegio de San Francisco Javier había alcanzado algún renombre como uno de los mejores del país y sus enseñanzas habían sufrido ya las reformas modernizantes, en especial al influjo del célebre jesuita Francisco Javier Clavijero, quien había defendido la ampliación del curriculum de estudios con matemáticas, historia natural, física experimental, geografía, griego y lenguas modernas e historia.

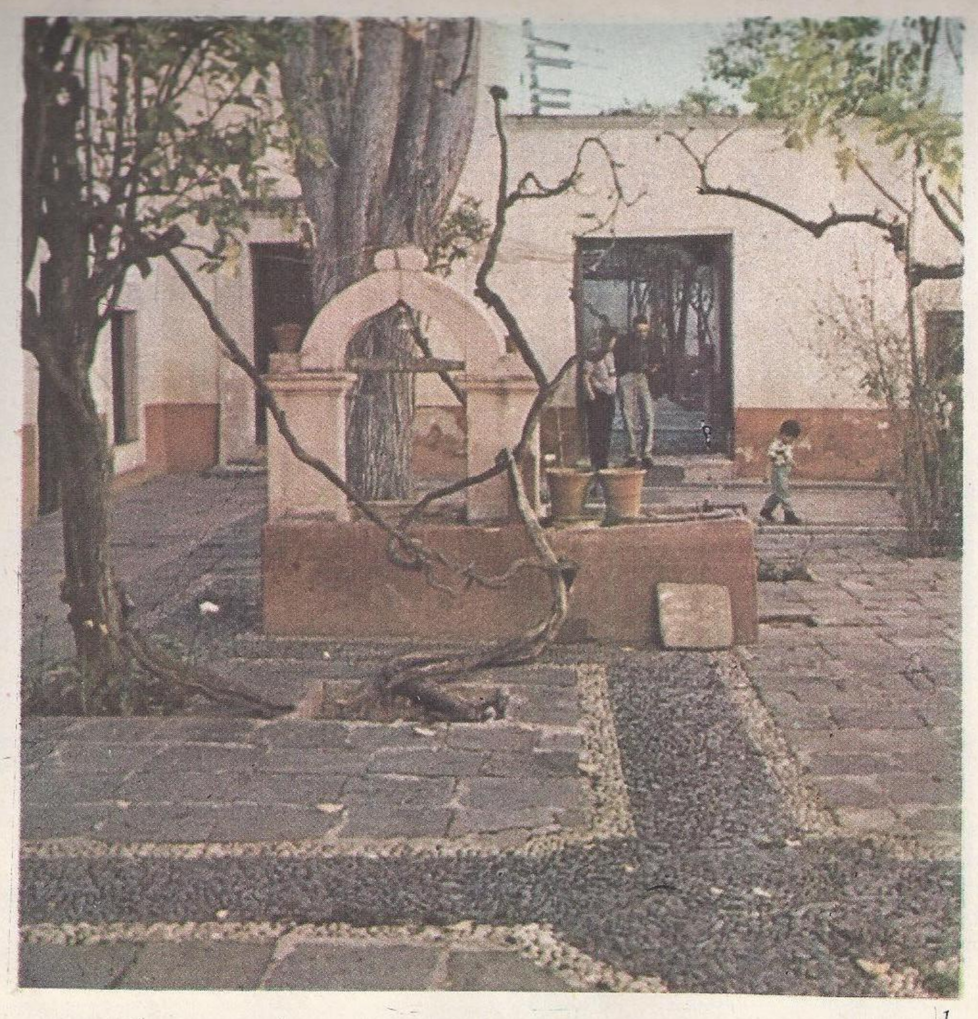
Apenas tenían Miguel y José Joaquín dos años en el Colegio cuando se produjo la expulsión de los jesuitas. Aunque no quedan huellas de los sentimientos que el evento haya podido despertarles, podemos imaginar la impresión profunda que debe haberles hecho el ver a sus maestros humillados por una autoridad distante. Sin escuela, por de pronto, don Cristóbal los hizo volver a Corralejo, y Miguel acompañó a su padre a la tierra de éste, Tejupilco, donde por primera vez tuvo el joven contacto con indios otomíes.

Don Cristóbal se decidió al fin a que sus hijos continuaran sus estudios en el Colegio de San Nicolás Obispo, también en Valladolid, y hacia allá los condujo en octubre del mismo 1767. El Colegio de San Nicolás era uno de los diecinueve colegios y seminarios que preparaban estudiantes para los exámenes de grado, que sólo otorgaba la Real y Pontificia Universidad de México. De inmediato se sumergieron los jóvenes en el estudio de la teología tomista, física aristotélica, retórica, gramática y literatura latina, lógica, ética y otomí. El "zorro".



2





1

1, 2. Patio de la finca de Hidalgo en Dolores

como habían apodado sus compañeros a Miguel, tal vez por su aire taimado, llegó a dominar también el italiano, el francés, el náhuatl y el tarasco. Para 1770 estaban los dos hermanos listos para tomar sus exámenes y partieron para la capital del reino, de cuya Universidad recibieron el grado de Bachiller en Artes. Tres años más tarde realizaban el mismo viaje y volvían con un segundo grado, Bachiller en Teología.

Los siguientes veinte años constituyen la etapa exitosa de una vida burocrático-eclesiástica para Miguel. Apenas vuelto de México, gana una buena beca de oposición que le asegura un buen pasar. Un año después, 1774, toma las órdenes menores; para 1776 se le hace diácono "a título de administración" y, en 1778, recibe el presbiterado y el 19 de septiembre del mismo año, la potestad para celebrar la Eucaristía. Tenía entonces 25 años bien cumplidos.

Desde 1773 debe haberse iniciado en la enseñanza, porque en 1782 lo encontramos como profesor sustituto de teología, la disciplina más importante del plan de estudios. Y sigue acumulando cátedras y cargos administrativos: en 1787 es tesorero, secretario y vicerrector; hacia 1788 gana la oposición del concurso del beneficio de la Sacristía de Santa Clara de los Cobres, que le asegura jugosas entradas sin distraerlo demasiado, puesto que podía auxiliarse de otro eclesiástico; en 1790 es rector.

Según parece, don Miguel había decidido presentar su examen de doctor en Teología cercano como andaba ya a los 40 años, pero la enfermedad y la muerte de su padre se lo impidieron y como en 1790 se le nombra rector, no tendrá ya ningún aliciente en lograrlo, porque no aspiraba a ningún cargo que le exigiera el grado.

Según ordenaban los estatutos, el rector debía ser un clérigo presbítero, de moralidad y costumbres intachables, hombre de autoridad, erudito y prudente, que viviera en el Colegio. A su vez, el rector debía llevar el registro de los colegiales, nombrar al principio de la semana los servicios correspondientes a la comunidad —religiosos y docentes—, bendecir la mesa a las horas de comer, hacer leer la nómina los sábados, presidir actos, extender certificados, etc. Todo esto a cambio de trescientos ducados anuales, habitación, alimentos y un criado. Que el sueldo no era malo, lo prueba el hecho de que pudo comprar tres haciendas por aquel entonces.

Su actividad burocrática nunca le había alejado de los libros y de la enseñanza, pues, sin duda, a su espíritu político-práctico, se aunaban verdaderas inquietudes intelectuales. Su clara inteligencia y su don de la palabra le habían facilitado el éxito en el Colegio. Valladolid, por lo demás, era una animada ciudad de provincia. Sus hermosos edificios y estrechas calles, habían reunido una sociedad que no carecía de espíritus finos, a los que naturalmente se acercó Hidalgo. La ciudad, además, cerca de Guanajuato y sede de un obispado, proporcionaba numerosas ocasiones para reunir



2

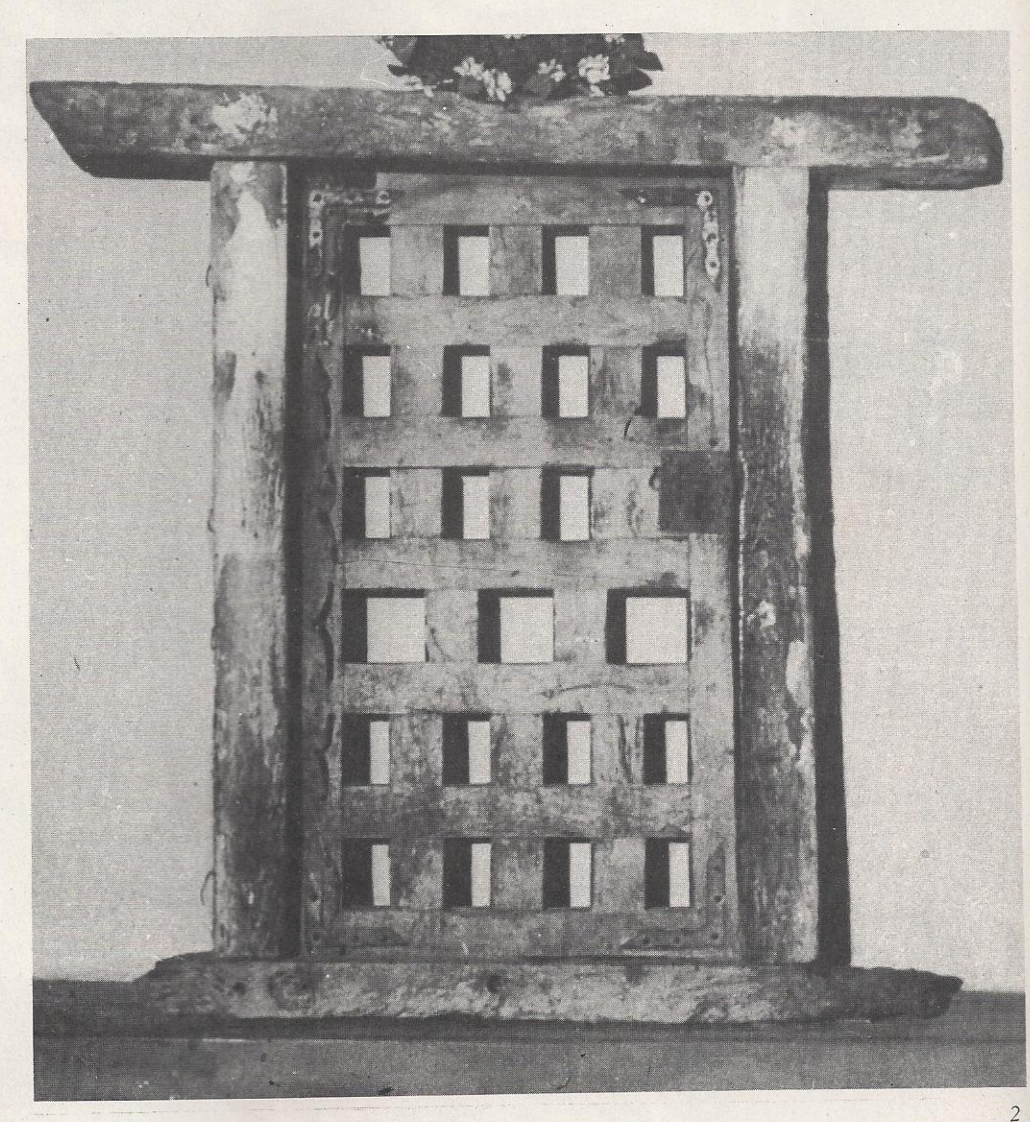


a la "intelectualidad" de toda la región. Entre los amigos de don Miguel se destacaban fray Antonio de San Miguel, obispo de Valladolid y su protector, don José Pérez Calama, su maestro, quien más tarde había de modernizar la enseñanza en Quito, y don Manuel Abad y Queipo, más tarde obispo de Valladolid y por esos tiempos a menudo acusado ante la Inquisición de leer libros prohibidos.

Hidalgo se había preocupado por la renovación de la enseñanza de la teología, tarea a la que dedicó muchos desvelos y que en 1785 le había permitido ganar bajo los auspicios de Calama, un concurso con su *Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica*. Hidalgo atacaba en forma brusca el texto del dominico francés Gonet y proponía el método histórico o "positivo" en el estudio de la teología. Sugería los trabajos de Berti y del cardenal Gotti, como posibles textos para sustituir el de Gonet. El ataque no era tan novedoso, puesto que, desde 1774, Benito Díaz Gamarra venía atacando los métodos usados e incluso una de sus obras era texto en la Universidad de México; además, el ensayo de Hidalgo era lo suficientemente ecléctico para no irritar demasiado a los reaccionarios.

Miguel Hidalgo parecía encontrarse en la cúspide de sus éxitos; maestros y alumnos en el Colegio de San Nicolás lo respetaban, la sociedad de Valladolid parecía estimarlo. Sin embargo, de repente, se presentó la catástrofe. El 2 de febrero de 1792, dos años después de haber recibido la rectoría, recibía órdenes de renunciar a todos sus cargos y de partir al curato de una iglesia parroquial en Colima. En la práctica resultaba un verdadero destierro. Las causas, por supuesto, podemos inferirlas de los hechos mismos. En primer lugar, Hidalgo no era un administrador cuidadoso —no lo fue jamás ni con sus propios bienes—; cuando se le nombró tesorero en 1787, había una reserva de 2.000 pesos y al renunciar había ya un déficit de 7.500. Su espíritu ilustrado y su sentido del humor, unido a una vida que distaba de la ejemplaridad, deben también haber contribuido. Se le acusó de ser poco devoto, empedernido jugador y según sabemos, vivió con Manuela Ramos Pichardo, con quien tuvo dos hijos, Agustín y Mariano Lino. Es muy seguro que su protector, el obispo San Miguel, prefirió alejarlo para evitar males mayores.

Partió pues hacia Colima. Podemos imaginar la amargura con que cruzaba los valles y montañas michoacanos y bajaba rumbo a su destino. Durante ocho meses se encontró en aquel aislamiento, sin más distracción que la que deben haberle proporcionado las visitas a las costas del Pacífico. En enero llegaron órdenes de que se presentara en Valladolid y la esperanza debe haber acortado el camino de vuelta. Pero era demasiado pedir; sólo como una prueba de que su protector no lo había abandonado, se le trasladaba al curato de

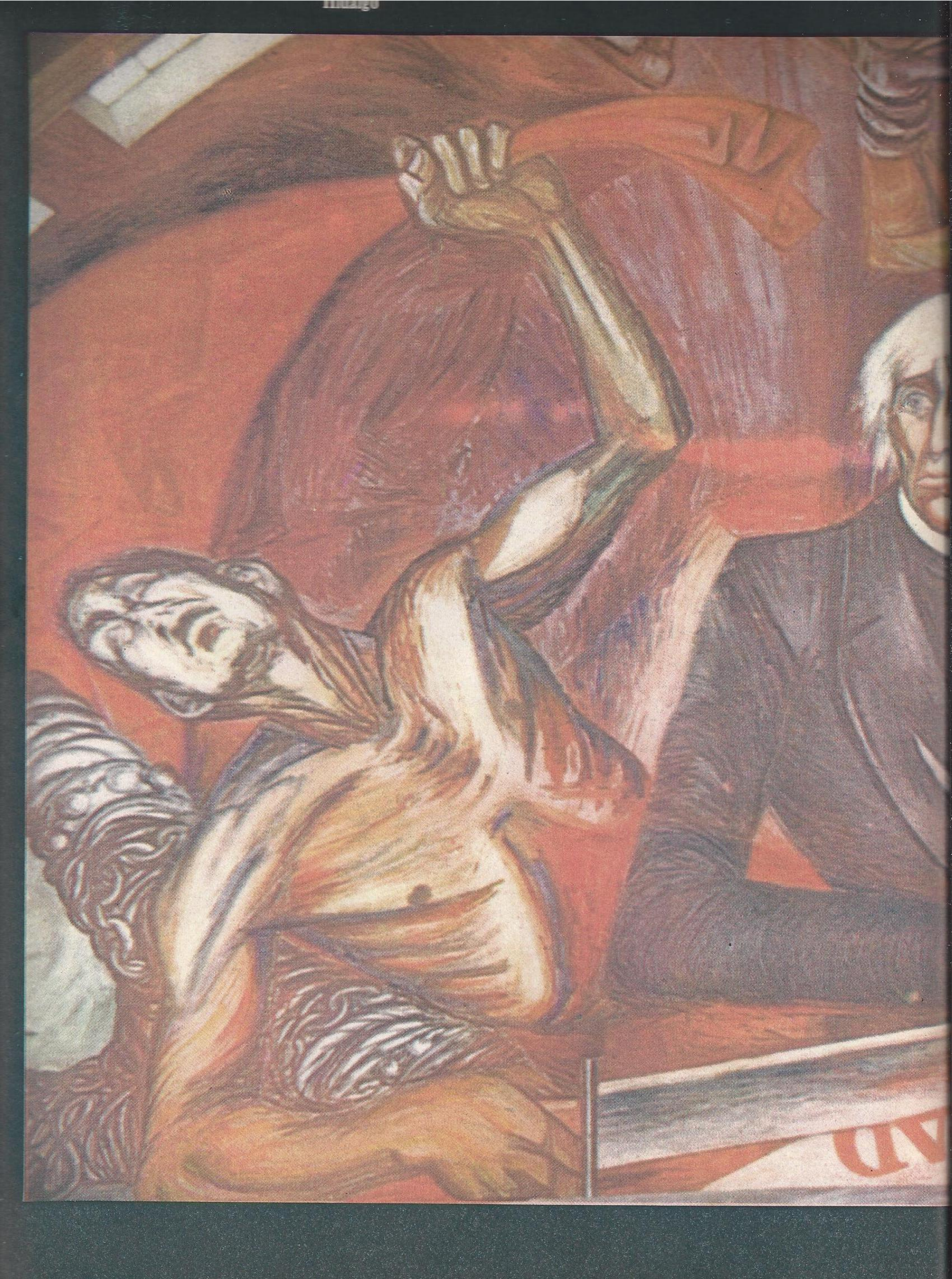


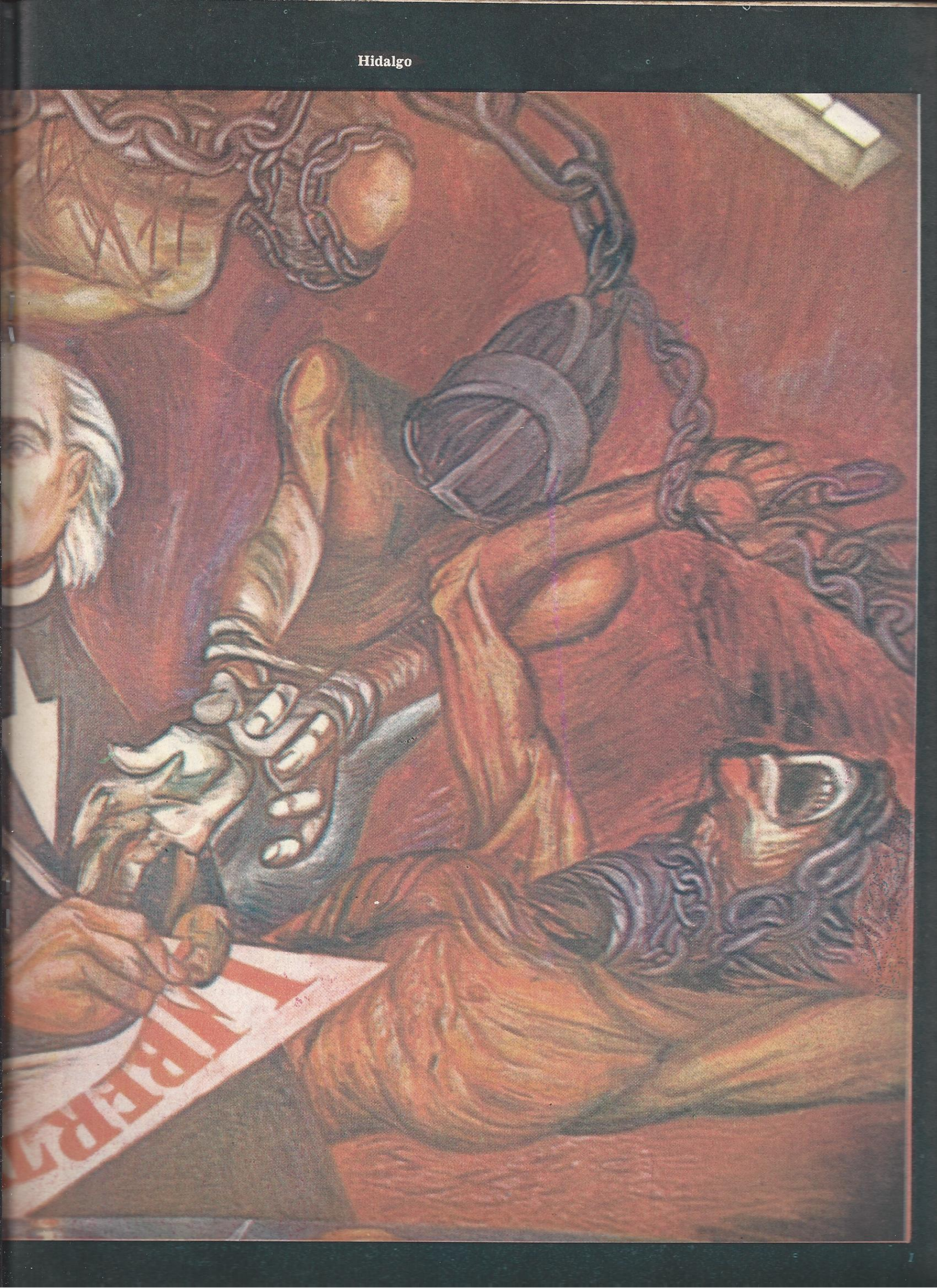
2

1, 2. Casa y detalle de la casa de Hidalgo en Dolores

En las páginas 42 43

1. Hidalgo. Mural de Clemente Orozco





San Felipe Torresmochas, que por lo menos quedaba en la Intendencia de Guanajuato, lo que le aseguraba una relativa movilidad. Casi a los cuarenta años, después de una exitosa vida académica, no le quedaba otra perspectiva que la tranquila vida de un cura de pueblo.

El cura parece haber decidido sacarle el mejor partido posible a su mala fortuna. Gran parte de sus obligaciones espirituales las dejó en manos de su vicario, José Martín García Carrasquedo, pariente de San Miguel, que lo envió seguramente para darle una compañía apropiada, ya que los dos hombres se identificaban mucho. Hidalgo se dedicó de lleno a reavivar la vida cultural del lugar y a introducir mejoras en las industrias de los indios del lugar. No sólo provee su nutrida biblioteca de obras a todo aquel que lo solicite, sin distinción de clase social, sino también las *Gacetas* de México, que le llegan con puntualidad en el correo semanario. Organiza una orquesta —siempre tuvo gran gusto por la música—, tertulias, días de campo. En su casa se juega al tresillo, al mus, a la malilla; se comentan las noticias del reino y las de la "gran revolución", al tiempo que se baila alegremente. Pero lo que ocasionó la mayor novedad fue la representación de obras francesas, comedias de Molière y tragedias de Racine, que el mismo Hidalgo traduce; todo esto, más la asistencia indiscriminada con que recibía a los representantes de todos los grupos sociales, justificaban el mote de "Francia chiquita" que se le dio a su casa.

La vida del cura estaba llena; uno que otro viaje a Guanajuato donde se codeaba con Riaño, el marqués de Rayas, la familia Alamán; alguna vez a Valladolid, a donde seguía visitando a su viejo amigo Abad y Queipo, le facilitaban el aislamiento y le permitían el acceso a las bibliotecas particulares de la región. Sus problemas por entonces eran económicos, puesto que sus actividades culturales mermaban sus entradas. Precisamente en un esfuerzo por lograr incrementar el rendimiento de sus haciendas, solicitó una licencia y partió en enero de 1800 rumbo a Xaripeo. Su estancia en la región tiene importancia por las consecuencias que le había de traer. Por algunos meses, la vida sana del campo debe haberle agradado; después de todo lo llenaba de recuerdos de su niñez, pero para Semana Santa, el cura estaba un poco ansioso de vida social y decidió aceptar la invitación del cura de Taximaroa para pasar las Pascuas en ese lugar. No era raro que en ocasiones tales se reunieran varios religiosos de la región para pasar las fiestas; en aquella ocasión se reunieron dos mercedarios, un cura de los alrededores y García Carrasquedo, por entonces cura de Zitácuaro. El espíritu liberal y el sentido del humor de Hidalgo lo condujeron a hacer afirmaciones y chistes —políticos y religiosos— que escandalizaron a los dos mercedarios. Unos meses más tarde —para descargar sus conciencias— lo denunciaron ante la Inquisición. Se abrió el caso contra Hidalgo y como había tela de donde cortar, su expediente creció bastante. Deben haberle llegado algunos rumores, porque en agosto volvió en forma súbita a San Felipe. La Inquisición cerró el caso en 1801, por no haber pruebas suficientes y porque se comprobó que el cura se había reformado. Su vida en efecto había cambiado. Tertulias, baile, teatro y los deslices con su actriz principal, Josefa Quintanar, que le había de dar otras dos hijas, Micaela y Josefa, habían quedado atrás. Ahora todo era quietud y entrega completa al cumplimiento de su ministerio espiritual y a la lectura.

El cambio era demasiado radical para el espíritu inquieto de don Miguel y a la primera oportunidad, se procuró el cambio. En septiembre de 1803, la muerte de su hermano José Joaquín, doctor y cura de Dolores, le dio la oportunidad y de inmediato solicitó la plaza que le fue concedida en octubre. El cambio no dejó de tener sus atractivos. La situación de Dolores era inmejorable, con una población mayor que la de San Felipe y más cerca de Guanajuato, Querétaro y San Miguel el Grande. Al tiempo de su traslado, tenía don Miguel cincuenta años, pero al decir de don Lucas Alamán, que lo conoció un poco más tarde, estaba en plenas facultades. "Era —dice— de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, pero vigoroso, aunque no activo, ni pronto en sus movimientos; de pocas palabras en el trato común, era animado en la argumentación... poco aliñado en su traje, no usaba otro que el que acostumbraban entonces los curas de los pueblos pequeños", es decir, capote de paño negro, con sombrero redondo, bastón y vestido de calzón corto, chupa y chaqueta de lana.

No fue tan distinta la vida del cura en Dolores de la que había llevado en San Felipe; de nuevo delegó sus funciones de párroco en sus ayudantes y de inmediato organizó la vida social y cultural del lugar. Sin embargo, el tiempo dedicado al estudio aumentó y el grado de seriedad en las discusiones también varió. Pero lo que distinguió a esta etapa de su vida fue su gran dedicación por procurar la industrialización de la región y por mejorar el nivel de vida de los indígenas. El impulso de abrir nuevas formas de explotación y de romper el monopolio español típico, había aparecido en la Nueva España con los mismos virreyes ilustrados y con hombres como Abad y Queipo, a pesar de lo cual no deja de tener su significación el empeño de Hidalgo. Construyó su taller de alfarería en los terrenos que pertenecían a la iglesia e inició la producción de cerámica, la más exitosa de todas sus empresas, ya que alcanzó la fama de ser más bella que la de Talavera, Puebla. Plantó en las inmediaciones de la hacienda de La Erre, viñas y árboles de morera para iniciar la explotación del gusano de seda. Asimismo, inició la cría de las abejas, el curtido de pieles, la carpintería, el tejido de lanas y la herrería. A todo ello dedicó su entusiasmo aunque no siempre con el cuidado de averiguar los detalles. Cuando Abad y Queipo, interesado en la industria de la seda, le preguntó que método usaba para alimentar a los gusanos, contestó que solamente ponía las hojas y dejaba que los gusanos comieran lo que quisieran. De cualquier forma, sus actividades le proporcionaron el respeto de sus feligreses y hasta la admiración de progresistas españoles como Riaño y Abad y Queipo.

La conspiración

Durante la Colonia hubo varios levantamientos en México; los de origen indígena estaban en general causados por hambres o por alguna medida o autoridad determinada. También hubo revueltas de negros, pero difícilmente se podrían conectar tales levantamientos con una finalidad independentista. No obstante la semejanza del movimiento de 1810 con los movimientos indígenas, su motivación estuvo más en el resentimiento criollo y en el deseo de independencia, que en ninguna injusticia social; Napoleón, por supuesto, les presentó la oportunidad. El 14 de julio de 1808, una asombrada población novohispana se enteraba en la *Gaceta* de las renuncias de sus reyes en favor de Napoleón. Apenas superada la sorpresa se planteó de inmediato la cuestión de cómo se iba a llenar el puesto que ilegítimamente quedaba en manos de aquél. El Cabildo de la Ciudad de México se reunió para discutir el problema y a instancias del síndico Verdad y del regidor Azcárate, acordó dirigirse al Virrey proponiéndole que el reino se gobernara de manera independiente mientras no hubiera un monarca legítimo. El regidor Azcárate fundamentaba la proposición en la idea de que la soberanía radicaba en el reino, a falta de monarca y en especial, en las instituciones que representaban al pueblo, como los cabildos y los tribunales superiores. La Audiencia se opuso en forma total a esa decisión y defendía la opinión de que el reino continuara como si nada hubiera pasado. Con dos puntos de vista tan radicalmente opuestos, era imposible que no se caldearan los ánimos. Don Melchor de Talamantes, mercedario peruano que encabezaba el grupo independentista con sus escritos, recomendaba la reunión de un congreso representativo del reino, para que solucionara el problema.

El Virrey se encontraba en un dilema; por una parte, le agradaba la idea de continuar en funciones de manera autónoma, como lo pedía el partido criollo; por el otro, no dejaba de temer el poder del grupo peninsular. Al final, Iturrigaray cedió a la presión criolla y convocó a una junta representativa. La junta estaba compuesta por los funcionarios civiles y eclesiásticos de

mayor jerarquía, varios nobles, los miembros del Cabildo de México, los diputados de Jalapa y los gobernadores de las dos parcialidades indígenas de la capital. La primera reunión se llevó a cabo el 9 de agosto y a pesar de la oposición de la Audiencia, se hicieron tres más. Los peninsulares, temerosos de que los criollos y el Virrey lograran la separación de la Nueva España, decidieron usar la violencia para detener los acontecimientos. Don Gabriel Yermo, rico latifundista español, con un grupo de servidores, sorprendió la noche del 15 de septiembre al Virrey y a su familia, los aprisionó y los envió días después rumbo a España. Verdad y Talamantes, voceros del partido criollo, terminaron sus días en la cárcel.

Pero la idea había germinado en la mente de los novohispanos. El partido español, que había mostrado el poder de la violencia, envalentonado por su triunfo se encargaba de exasperar más y más a la población novohispana. Con el nombramiento del Arzobispo Lizana como Virrey, los ánimos parecieron calmarse, puesto que se opuso constantemente a la Audiencia y logró mantener al partido español bajo control. La atmósfera, no obstante, estaba cargada de rebeldía. En 1809, un grupo de oficiales del cantón de Jalapa que había sido trasladado a Valladolid, inició una conspiración que pretendía formar una asamblea que gobernara en nombre de Fernando VII. Los conspiradores eligieron el 21 de diciembre para dar principio al levantamiento, pero la conspiración fue delatada y sus cabecillas detenidos.

La benevolencia del Arzobispo-Virrey no pudo detener el curso de los acontecimientos; extirpada la de Valladolid, se iniciaron otras en Querétaro y San Miguel. La Junta de Querétaro fue el núcleo central en 1810. Organizada como una academia literaria para encubrir el fin verdadero, aumentó su influencia en poco tiempo. Las juntas se realizaban en la casa del licenciado Parra y asistían muchas personas, entre las que se contaban el presbítero Sánchez, el doctor Manuel Iturriaga, los licenciados Laso y Altamirano, el comerciante Epigmenio González, el capitán Arias, varios oficiales y los corregidores de Querétaro, don Miguel Domínguez y su esposa, la entusiasta doña Josefa Ortiz de Domínguez. Como las gentes del Bajío se movían por la región constantemente, pronto se fueron adhiriendo gentes de fuera, como los capitanes Ignacio Allende y Juan Aldama, de San Miguel y el cura de Dolores, Miguel Hidalgo. Los de San Miguel iniciaron su propia junta, reunida con el pretexto de bailes y tertulias en casa del hermano de Ignacio, don Domingo Allende. Este último se dedicó en cuerpo y alma a extender el movimiento, viajando de un lado para otro para estimular la formación de nuevas juntas y para mantener a las gentes en contacto. Poco es lo que sabemos de sus planes, pero lo que se infiere del movimiento que tuvo lugar, es que perseguían alcanzar la independencia y el establecimiento de un gobierno representativo. El apoyo de algunas personas que trabajaban en el correo, les proporcionó la posibilidad de mantener un sistema de contactos, aunque el problema más difícil de solucionar fue la adquisición de armas. En algunos lugares se dedicaron esfuerzos considerables a su fabricación, entre ellos los talleres del Cura de Dolores.

Sabemos por una carta de Allende a Hidalgo, que los primeros planes fijaban las ferias de la Virgen de la Candelaria, en San Juan de los Lagos, para iniciar el movimiento. La asistencia alcanzaba su máximo el día 8 de diciembre y Allende pensaba que se podía aprovechar el fervor religioso de la multitud a favor del movimiento. A principios de septiembre, el Cura de Dolores aconsejó adelantar el levantamiento para el 2 de octubre, puesto que se consideraba que durante ese mes obtendrían suficientes armas para iniciarlo. La llegada del virrey Francisco Javier Venegas, que tomó el poder el 14 de septiembre de 1810, tranquilizó a muchos y la Nueva España parecía de nuevo en estado de somnolencia. Sin embargo, por debajo de esta apariencia se movían delaciones y anónimos. Desde agosto se habían empezado a obtener datos sobre las juntas. Por un lado el clásico traidor y por el otro el mal consejo del nerviosismo de la espera, habían permitido a las autoridades unir todos los cabos y hasta obtener la lista completa de los complicados. El gobierno no parecía aquilatar su importancia y se movía con lentitud; informado el Intendente de Guanajuato, Riaño, no llegó a actuar, lo que sin duda significó su sentencia de muerte.

Para el día 13 de septiembre, las delaciones eran tantas que el mismo Corregidor de Querétaro se sintió obligado a actuar. Trató de proceder de manera que sus colegas se dieran cuenta de lo que sucedía, pero fue imposible. Al llegar a la casa de Epigmenio González se encontraron numerosas armas y no pudo evitar el verse él mismo comprometido.

Poco antes de iniciar su acción, don Miguel había enterado a su esposa de las malas noticias y con el temor de que su temperamento apasionado la llevara a actuar con mayor indiscreción, la encerró en su casa. Pudo doña Josefa, no obstante, avisar a Ignacio Pérez, a quien pidió llevar la noticia a Allende. Llegado el mensajero a San Miguel la noche del 15 de septiembre, se encontró que don Ignacio estaba en Dolores, hacia donde partió en compañía de Aldama.

Eran las primeras horas de la mañana cuando los dos emisarios llegaron a la casa del cura. Entre una y otra taza de chocolate que don Miguel les hizo servir, le enteraron de los acontecimientos. Se discutieron las posibles soluciones, huir o actuar de inmediato. Según cuentan, Hidalgo se retiró un momento a meditar y regresó exclamando:

¡Señores, estamos perdidos, no nos queda más remedio que salir a agarrar gachupines! *

El Movimiento

Era la madrugada del 16 de septiembre de 1810. Don Miguel no perdió tiempo, reunió a su gente y ayudado por los capitanes Allende y Aldama puso en libertad a los presos y los armó; prendió a las autoridades y a los españoles y mandó llamar a misa. Como era domingo, hacia las 8 de la mañana una numerosa concurrencia del pueblo y de los poblados cercanos se había congregado en el atrio de la iglesia. En lugar del rutinario servicio religioso, el pueblo oyó al cura, convertido en líder político, hablar de que las autoridades españolas pretendían entregar al país al yugo francés y que los exhortaba a luchar contra el mal gobierno. Con un ¡Viva la América! ¡Viva Fernando VII! ¡Muera el mal gobierno! la multitud se lanzó tras el cura, con sus instrumentos de trabajo a falta de armas.

El ejército del cura se formó como por arte de magia. Al conjuro de su nombre se unían hombres que apenas tenían tiempo de enterarse de qué se trataba. Abandonaban el campo, la mina, la hacienda, de manera que a los pocos días los seiscientos que habían salido de Dolores, se habían convertido en decenas de millares. Más que un ejército era "chusma", una chusma indignada que marchaba a imponer su voluntad. Junto a los soldados realistas defeccionados, iban mayordomos y peones, en un conjunto heterogéneo y pintoresco. Se confundía el criollo con el mestizo y el indio; las casacas azules de los militares, con los trajes de charro y los harapos de los indios. Unos a pie, otros a caballo. Fusiles, escopetas, arcabuces, lanzas, machetes, garrotes e instrumentos de labranza. El conjunto abigarrado marchó rumbo a San Miguel el Grande, donde los oficiales pensaban convencer a otros soldados del regimiento de Dragones de la Reina, a unirse a su causa. En Atotonilco, el cura se detuvo un momento y con una inspiración feliz, bajó una imagen de la Virgen de Guadalupe y la hizo colocar en un asta, convirtiéndola en la bandera de la revolución. Este hecho dio definitivamente un carácter populista al movimiento.

Al caer la tarde del mismo 16, fueron llegando las tropas insurgentes a San Miguel. Para entonces el pánico que un grupo semejante provocaba por donde pasaba, había cundido. No hubo resistencia en San Miguel, a pesar de lo cual no se pudo evitar que se produjeran algunos desmanes y asaltos a las tiendas. Surgían desde el primer momento los problemas a que conducía la contradicción misma de un ejército semejante. Los criollos, representados por

* Palabra popular en México para referirse a los españoles.

1

2

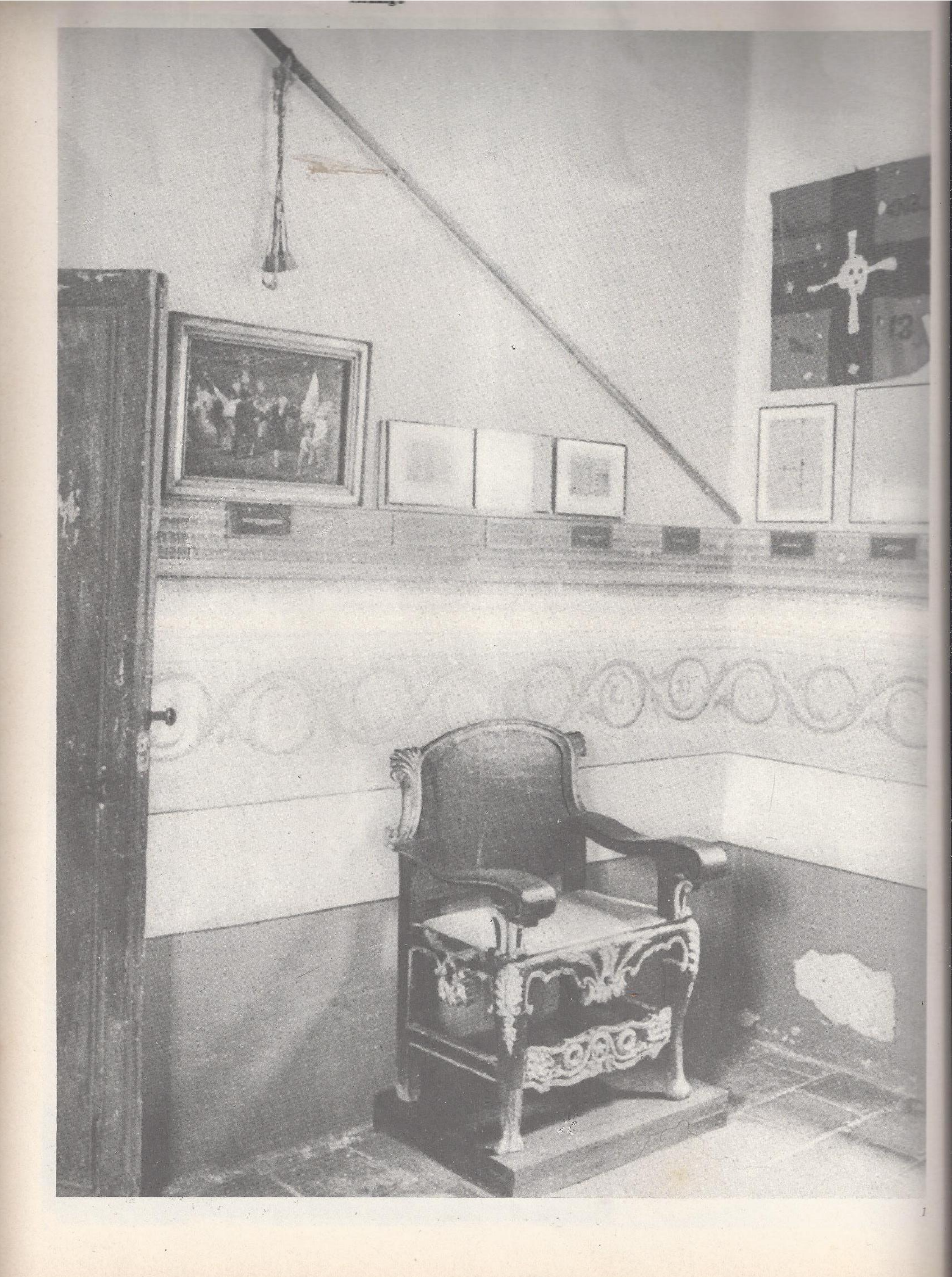


3

1, 2, 3, 4. Alfarería típica de la región que Hidalgo implantara



4



1

1. Sillón que perteneciera a Hidalgo durante su gestión de gobierno

Allende, querían llevar a cabo una guerra "ordenada", formar un ejército verdadero, convocar un cabildo abierto. La "chusma" no entendía de esos detalles. Su ira añeja la convertía en fuerza destructiva y violenta y, en cierta forma, le daba la fuerza misma al movimiento. El cura de Dolores se transformó en portavoz de las fuerzas que pretendía manejar y se opuso a las medidas drásticas que sugería Allende, desde el primer momento. Superada esa primera fricción, Hidalgo y Allende se dedicaron a organizar sus fuerzas. Tomaron prisioneros a todos los españoles, recogieron todo el dinero disponible, nombraron nuevas autoridades y organizaron el ejército, hasta el punto que era posible.

Para el día 19 partieron rumbo a Celaya, la que fue tomada el 20 sin mayores incidentes. En ese lugar Hidalgo fue nombrado Capitán General y Allende Teniente General. Enseguida se hicieron los planes para la toma de la capital de la Intendencia, Guanajuato. El día 21, Hidalgo envió una carta a su amigo Riaño, el intendente, instándolo a que se rindiera. En ella le aseguraba que no peligraba la vida de nadie, se apresaría a los españoles y se tomarían sus caudales a guisa de préstamo, pagaderos al triunfo de la causa.

El 24 Hidalgo se movió a Salamanca. Para entonces el Edicto del obispo Abad y Queipo que excomulgaba a su viejo amigo Hidalgo y a sus principales colaboradores, había llegado. Riaño, al igual que Abad y Queipo, debe haberse impresionado de que su respetado don Miguel fuera el motor de un levantamiento semejante. Percatado del carácter anti-español del mismo, no dudó en resistir, aunque insistió en que la decisión la hicieran los que más peligraban. Riaño había demostrado grandes cualidades administrativas durante sus ya largos años de gobierno, que le habían asegurado el respeto general. De inmediato escribió a Venegas y a Querétaro, con la solicitud de ayuda y se dedicó a organizar la resistencia. En la inmensa fortaleza de la Alhóndiga de Granaditas, dio cobijo a los peninsulares y criollos que lo solicitaron, junto con sus caudales: tres millones de pesos en dinero, barras de plata, azogue y objetos valiosos. Se calculó que existía suficiente grano y municiones para una resistencia larga. Como se daba cuenta de que la fuerza de Hidalgo provenía del apoyo popular, trató de congraciarse con el pueblo haciendo publicar el 26 de septiembre, la abolición del tributo que había sido aprobado desde mayo por el Consejo de la Regencia. El pueblo guanajuatense, no obstante, no pudo evitar sentir resentimiento al ver que incluso las tropas se encerraban en la Alhóndiga y dejaban al pueblo totalmente desamparado.

El día 28 el Intendente recibió una nueva carta del Capitán General, en la que éste afirmaba: "yo no veo a los europeos como enemigos, sino solamente como a un obstáculo que embaraza el buen éxito de nuestra empresa . . ." La firme respuesta de Riaño no se hizo esperar: "El Intendente de Guanajuato y su gente, no reconoce otro capitán general que el Virrey de la Nueva España, ni más modificaciones en el gobierno que las que acordaran las Cortes reunidas en la Península."

Hidalgo dio, pues, la orden de asaltar Guanajuato, y pronto la cañada donde la ciudad está situada, hormigueaba con las tropas que bajaban, las que iban a causar una de las páginas más sangrientas de la guerra de independencia mexicana. La ciudad en sí, no costó esfuerzo tomarla, pero la Alhóndiga tenía suficiente para resistir. Casi al comienzo mismo de la acción, fue muerto el Intendente, lo que provocó la desmoralización de los defensores. La toma de la fortaleza era difícil, tanto que la mente popular sintió necesidad de inventar un mito para explicarla. Según éste, un joven minero apodado "El Pípila", arrancó una baldosa de la calle y amarrándosela a su espalda para evitar el fuego que venía de arriba, avanzó a través de la calle y le prendió fuego a la puerta, con lo que abrió paso a los insurgentes. Lo que sí sabemos es que la matanza que tuvo lugar dentro, fue espantosa. Allende pudo salvar sólo a un grupo pequeño de españoles de la degollina general llevada a cabo y no pudo impedir, a pesar de esfuerzos sobrehumanos, el saqueo y el desorden que siguieron a su toma. La plebe de la ciudad se unió a los sitiadores y destruyó y asaltó cuando pudo. Después de dos días, el mismo Hidalgo se vio obligado a publicar un bando en el que amenazaba con pena de muerte todo asalto o saqueo.

El botín que ofreció Guanajuato era increíble, no en balde la ciudad era considerada como la que seguía en importancia a México y La Habana; más grande que Lima, Quito o Caracas, según el barón de Humboldt. Guanajuato había amasado gran riqueza y prosperidad, por tanto no es de extrañar que se aquilatara tanto su toma que proporcionó no sólo dinero, armas y un centro de operaciones adecuado, sino también instalaciones adecuadas para la fundición de cañones y el establecimiento de una Casa de Moneda.

Después de la toma de Guanajuato, el país entero estaba enterado de las hazañas del cura de Dolores. La ciudad de México estaba aterrada y sin defensa. Venegas enviaba constantes llamados a Calleja para que moviera las tropas y viniera en su auxilio y a falta de otra medida más práctica la Virgen de los Remedios, patrona de los españoles, fue trasladada a la ciudad, aunque todos temían que la ciudad de México estuviera a punto de sufrir la suerte de Guanajuato. Las autoridades trataron de desacreditar a don Miguel. Lizana hizo publicar un Edicto en el que se revalidaba la excomunión lanzada por Abad y Queipo. La Inquisición publicó otro, el día 13 de octubre, en el que declaraba a Hidalgo hereje y apóstata. Venegas, por su parte, hizo publicar el 5 de octubre, al igual que Riaño, la abolición de los tributos e hizo

al Conde de la Cadena, un criollo, el segundo comandante de los ejércitos. Además se puso precio a las cabezas de los principales caudillos: 10.000 pesos por cada una.
Después de unos días en Guanajuato, en que se reorganizó el gobierno del lugar, Hidalgo partió el 8 de octubre rumbo a Valladolid, adonde llegó el día 17. Las autoridades civiles y religiosas habían huido, por lo que a pesar de muchos aprestos para la defensa, la ciudad se entregó a cambio de ser respetada. No faltaron los saqueos, si bien Allende logró contenerlos. La ciudad proveyó nuevos fondos y un contingente considerable de tropas regulares que decidieron unirse a los insurgentes. Se decretaron en ese lugar, tanto la abolición de la esclavitud, como la de las cargas que gravitaban sobre los indios y las castas.
El 19 abandonaba Hidalgo Valladolid, rumbo a la capital; confiaba en que sus movimientos rápidos compensarían la falta de un ejército profesional y en llegar antes que las tropas de Calleja o el Conde de la Cadena pudieran acudir en auxilio de la capital. El cruce por las montañas, entre Valladolid y Toluca, se hizo con bastante rapidez y sin mayores incidentes, con excepción del ascenso de Hidalgo a Generalísimo y la incorporación, en Maravatío, del licenciado Ignacio López Rayón, joven que había de convertirse en uno de sus colaboradores más cercanos, como su secretario particular y su sucesor como líder de la revolución, a la muerte de los primeros caudillos.
Llegaron las tropas de Hidalgo a Lerma sin mayores contratiempos. Para entonces tenía 83.000 hombres, de los cuales unos 3.000 eran de caballería e infantería desertada del ejército realista. Justamente en el paso para la ciudad, en las alturas que dominan el Valle de México, en medio de los espesos bosques conocidos como Monte de las Cruces, le impidieron el paso las tropas al mando del coronel Torcuato Trujillo que contaba con un regimiento y dos batallones de infantería; unos dos mil hombres en total. Las escasas tropas estaban, sin embargo, disciplinadas y en una posición favorable, por lo que pudieran causar grandes estragos en las tropas insurgentes. Allende pudo, por lo numeroso de sus tropas, flanquear las tropas realistas, envolverlas y obligarlas a retirarse. La victoria fue absoluta; la ciudad de México que podía verse desde las alturas, parecía estar en sus manos.
En México se anunció una victoria realista, pero no pudo impedirse que la verdad se conociera de inmediato y que la población se viera presa de la angustia. Hidalgo inició el descenso y se movió a Cuajimalpa, desde donde envió un grupo de hombres a tratar con Venegas. El Virrey se negó a recibirlos. El día 2 de noviembre, en forma súbita Hidalgo dio la orden de retiro rumbo a Toluca. Esta decisión ha producido múltiples conjeturas y recriminaciones. La capital novohispana estaba a merced de los insurgentes que hasta ese momento no habían conocido sino triunfos. Según parece la discusión sobre el asalto de la ciudad aumentó la acritud existente entre los dos jefes. El cura tenía numerosas razones para evitarla; la victoria del Monte de las Cruces había costado mucho a los insurgentes, tenían pocas municiones y pocos hombres, ya que muchos habían desertado después de la batalla. También se tenían noticias de que los ejércitos de Calleja y de la Cadena venían a marchas forzadas rumbo a la capital. Esta noticia debe haber convencido a los oficiales que propiciaban el asalto a la capital, de que Hidalgo tenía la razón. En todo caso se acordó la retirada con rumbo a Querétaro. La decisión probó haber dado principio a los malos días del movimiento. El efecto en las tropas fue desmoralizador, además, el mal principal que se había tratado de evitar, el encuentro con las tropas realistas, se llevó a cabo en las peores condiciones, las de la sorpresa. El 7 de noviembre, en Aculco, tuvo lugar una batalla "de encuentro" entre los 40.000 hombres de Hidalgo y 7.000 realistas. Los insurgentes fueron dispersados con facilidad por un ejército profesional, que se hizo de casi toda la artillería insurgente.
Después de este desastre que probó ser vital, Hidalgo y Allende decidieron separarse. El cura se dirigió a través de Celaya y Salamanca rumbo a Valladolid, adonde llegó el 11 de noviembre. Allende marchó a Guanajuato. Ignacio Allende con toda su indomable naturaleza había probado no ser mejor general que el cura, pero probó tener un juicio certero al tratar de mantener a toda costa una ciudad tan importante en el reino como era Guanajuato. Por desgracia llegó tarde para organizar la defensa de la ciudad y después de fracasar en convencer a Hidalgo de reforzarlo y de hacer una heroica resistencia, tuvo que abandonar la ciudad a las tropas de Calleja. ¡Pobre Guanajuato! La ciudad vivió otra página sangrienta, pues Calleja, para vengar la toma insurgente, dio órdenes de pasar a cuchillo a todo aquel con que se tropezaran. La orden dio el golpe de gracia a la ruina de la ciudad, que nunca volvió a recuperar su prosperidad colonial.
No obstante los reveses, la revolución se seguía extendiendo por el reino como una verdadera epidemia. El "amo Torres" entraba victorioso el 10 de noviembre en Guadalajara; Rafael Iriarte era dueño de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí; las costas de Sinaloa eran dominadas por el cura José María Mercado y en el sur, don José María Morelos, cura de Carácuaro, a quien Hidalgo había encargado la toma de Acapulco, empezaba a hacerse fuerte.
Hidalgo se detuvo poco tiempo en Valladolid, tal vez convencido de que por el sitio que ocupaba, junto a las malas condiciones para su defensa, le hacían lugar poco apropiado para rehacer sus fuerzas.

1. Iglesia de Dolores



1

1. Pórtico de la iglesia de Dolores

Por lo tanto decidió aceptar la invitación de José María Torres y pasar a Guadalajara. Antes de partir cayó el cura en la debilidad de permitir la ejecución de 60 españoles, acto que repetiría en Guadalajara donde se sacrificarían 350 españoles más. Abandonó Valladolid, por última vez, el día 17 de noviembre y con unos 7.000 hombres llegó a Guadalajara el 25. La entrada triunfal se hizo el día 26, desfilando el ejército en pleno hasta la Catedral adonde tuvo lugar un solemne Te Deum. La hermosa ciudad del occidente parecía ajena a todas las penalidades de la realidad, a pesar de que la llegada de Aldama y Allende le deben haber recordado el hecho de que Calleja debía estar reponiéndose cuidadosamente antes de marchar en su búsqueda. Por de pronto, al cura lo invadió una fiebre de actividad. La ciudad de Guadalajara que no había sufrido derramamiento de sangre, puesto que había abierto sus puertas a Torres para evitarlo, contaba con todas las condiciones necesarias para convertirse en la capital independiente. Era incluso sede de la Real Audiencia de Nueva Galicia. Hidalgo organizó su gobierno con dos ministerios, como en España. El de Gracia y Justicia lo puso en manos de José María Chico y el de Estado y Despacho, en las de López Rayón. Se pudo publicar también, gracias a los desvelos de Francisco Severo Maldonado, el primer periódico independiente, *El Despertador Americano.*

Hidalgo consideró que el Edicto de la Inquisición que lo acusaba de hereje había dañado su causa, por lo que el día 1º de diciembre hizo publicar un *Manifiesto* en el que desmentía la acusación, jurando jamás haberse apartado, "ni en un ápice de la creencia de la Santa Madre Iglesia Católica" y haber estado "íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas". Acto seguido, con la intención de darle un aspecto legítimo a su gobierno, convocó la reunión de la Real Audiencia de Nueva Galicia para el 3 de diciembre. Tomó el asiento presidencial e hizo de inmediato reemplazar a los oidores, que se habían visto obligados a asistir y cambió el nombre de Real Audiencia, al significativo de Audiencia Nacional.

El Cura, con sus esporádicas alusiones a Fernando VII, ha hecho crear muchas conjeturas sobre sus intenciones. Parece que en realidad quería la independencia total del reino, pero conocedor de los hombres sencillos, sabía que el Rey simbolizaba algo imposible de reemplazar de la noche a la mañana por una idea abstracta, por tanto, cuando sintió necesidad de crear una idea de continuidad no tuvo empacho en recurrir a su invocación. Muchos otros criollos, por el contrario, pensaron muy en serio en la posibilidad de que Fernando VII decidiera venir a gobernar a una Nueva España independiente. También han causado polémicas sus ideas políticas y sociales. En su *Manifiesto* del 1º de diciembre, se refería a la necesidad de unión, de ver como "extranjeros y enemigos" a todos los que no fueran americanos, con lo cual la guerra estaría concluida "y nuestros derechos a salvo". Después, continuaba Hidalgo, había que establecer "un congreso que se componga de todas las Ciudades, Villas y Lugares de este Reyno, que teniendo por objeto principal mantener nuestra Santa Religión, dicte leyes suaves benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces gobernarán con la dulzura de los padres, nos tratarán como a sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la desvastación del Reyno y la extracción de su dinero; fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente".

No se escapaba pues al gran optimismo criollo, aunque tenía conciencia muy cabal de los obstáculos sociales para convertir a la Nueva España en paraíso, como lo prueban sus decretos. En uno abolía nuevamente la esclavitud, en otro decretaba que los indios tuvieran el goce exclusivo de las tierras de sus comunidades y que desaparecieran los tributos. El congreso de que habla parece no ser otro que la junta o asamblea representativa que defendían los criollos en 1808 y en 1809 y a la que se refería también Allende. El resto muestra la fe ferviente que Hidalgo tenía en un sistema representativo de gobierno. Quedaron también pruebas de que se preparaba una constitución, puesto que Calleja informó a Venegas, a fines de enero, haberse apoderado entre los papeles de Maldonado del esbozo de una constitución para el reino.

Después del arribo de Allende, Hidalgo tuvo que volver su atención hacia menesteres menos amables. Se llevó a cabo, para empezar, una aparatosa revista militar en la que curiosearon a su gusto los vecinos de la ciudad. Enseguida pensó en su reabastecimiento, entrenamiento y disciplina, para hacerlas capaces de enfrentarse con éxito a los ejércitos profesionales. Conscientes de su debilidad, también se pensó en buscar a toda costa el apoyo de la joven república del norte, para lo cual Hidalgo nombró como ministro plenipotenciario al botánico guatemalteco, Pascacio Ortiz de Letona que partió enseguida, pero que fue detenido en Veracruz y se envenenó antes de llegar a la ciudad de México.

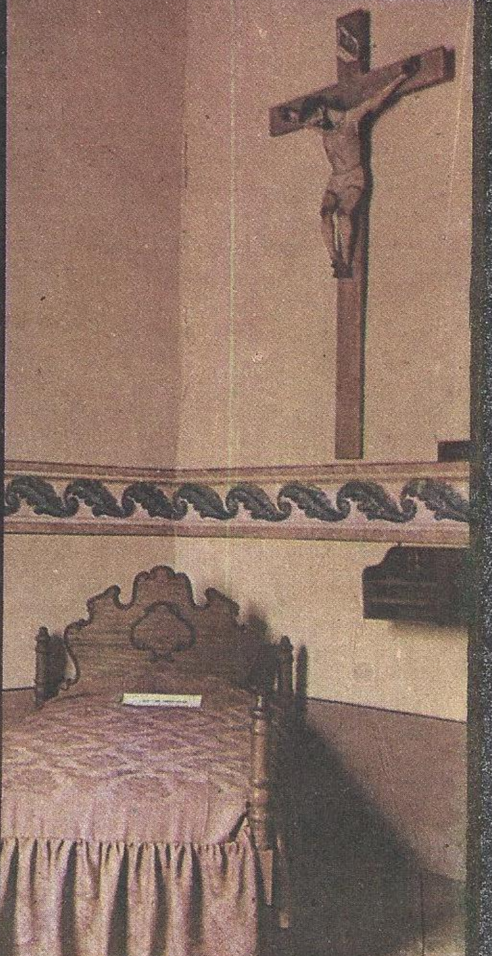
La conducta del cura después de derrotas, que tanto dividen, empezó a irritar a muchos de sus colaboradores. Hidalgo era sin duda el que había logrado mover las masas de seguidores. Había llegado con sólo 7.000 hombres a Guadalajara que transformó en 90.000 para el momento en que hubo que enfrentarse a Calleja. Su popularidad no dejó de afectar su conducta, como vemos en la adopción del tratamiento de Alteza Serenísima, que empezó a usar sin duda por juzgarlo más adecuado a sus funciones ejecutivas, pero que estaba en contradicción con sus viejas convicciones democráticas. A los criollos no dejaba de preocuparles que Hidalgo consintiera en las ejecuciones de españoles para agradar al populacho y que tomara decisiones sin consultar a nadie. El resentimiento de Allende llegó a convertirse en convencimiento de que era necesario deshacerse del cura, al grado de decidir envenenarlo a la primera oportunidad, que no llegó a presentarse.

A principios de enero llegaron las noticias de que los realistas empezaban a marchar desde diferentes puntos rumbo a Guadalajara. Para tomar decisiones reunió un Consejo de Guerra, en donde de nuevo, prevaleció la opinión de Hidalgo de enfrentar al ejército realista. El cura confiaba en que su nuevo gran ejército lograría la victoria gracias a su aplastante mayoría, como en el Monte de las Cruces. Además contaba con el entusiasmo general que incluso llevó a abastecer el ejército de manera que pudiera marchar rumbo a la capital, después de derrotar a Calleja.

Todo Guadalajara se puso en movimiento. El optimismo de la gente era contagioso. El Generalísimo lucía su uniforme resplandeciente y exhortaba con elocuencia a sus soldados a luchar por la libertad. Antes de abandonar la ciudad se celebró una solemne misa para implorar el amparo de la Guadalupana.

La batalla tuvo lugar el 17 de enero de 1811 en un lugar llamado Puente de Calderón, al este de Guadalajara. Al principio, tanto su posición, como su número, dio ventaja al ejército insurgente que puso en peligro las dos alas realistas. Pero la ventaja del ejército profesional daba movilidad a Calleja, que pudo apoyar sus flancos y aprovechar el desconcierto provocado por la explosión de un carro de municiones en el campo insurgente. Allende había logrado mantener bajo control a sus grandes masas de soldados, pero cuando el fuego comenzó a correr sobre el pasto seco, por los vientos infortunados que soplaban hacia sus tropas, fue imposible impedir el desorden. Calleja, incrementó el ataque hasta conseguir que el pánico se convirtiera en dispersión. Después de seis horas de lucha, Calleja era dueño del campo de batalla. Toda la artillería insurgente había sido abandonada. Calleja había perdido al conde de la Cadena y a unos cincuenta soldados, pero las bajas del partido contrario pasaban de mil. Era el fin del ejército de Hidalgo.

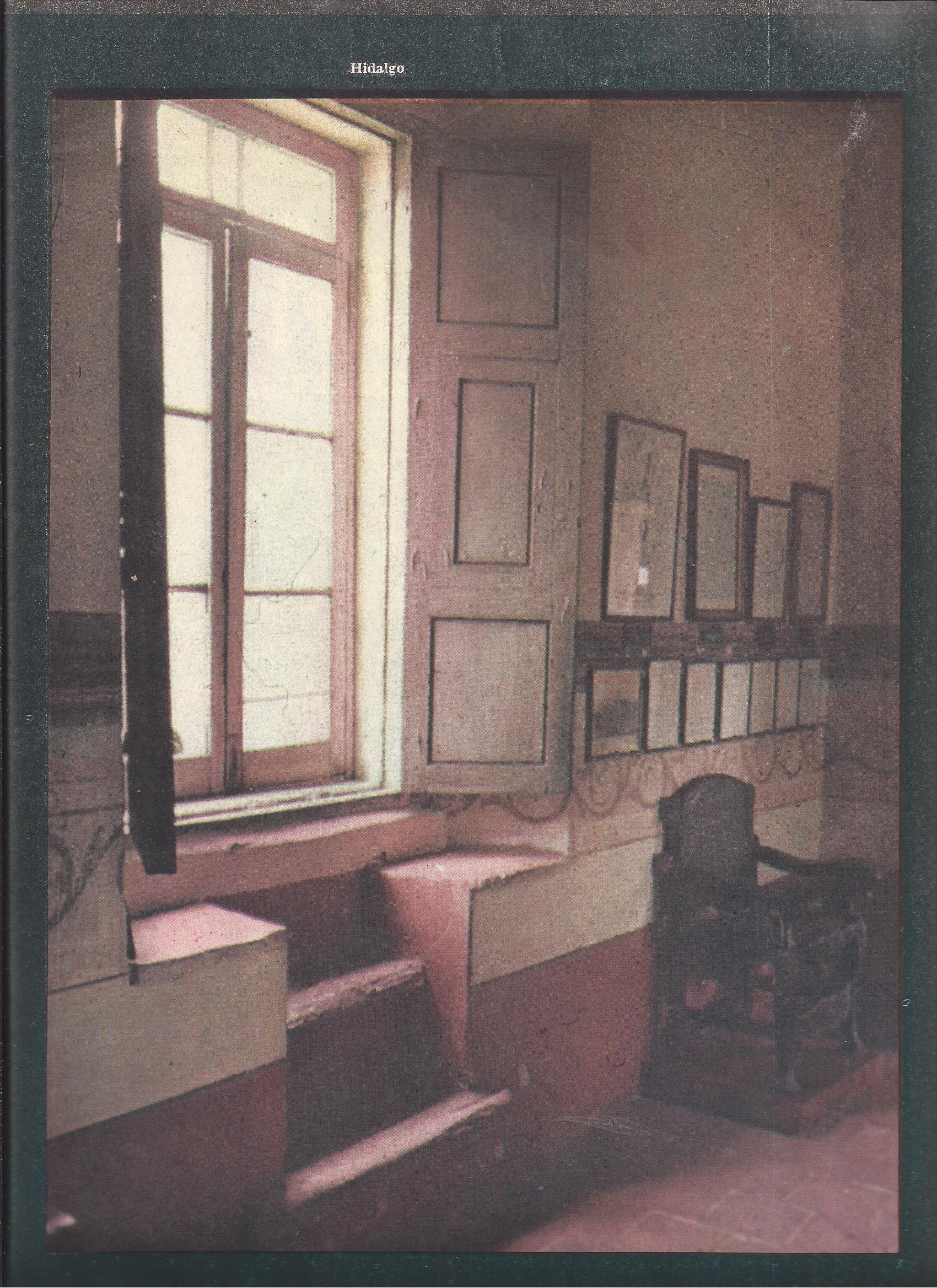
No había otro remedio para los caudillos que marchar rumbo al norte, todos los otros caminos estaban cortados. Hacia aquellas partes quedaban muchas tierras ganadas para la causa y un espejismo de esperanza: los Estados Unidos. La marcha rumbo a Zacatecas era amarga; el paisaje de los Altos de Jalisco parecía estar a tono con la derrota, con sus tierras áridas y poco pobladas. El cura de Dolores había que-



1. *Objetos pertenecientes a Hidalgo. Dolores*

2. *Dormitorio de Hidalgo. Dolores*

3. *Ventana desde la cual Hidalgo llamó al levantamiento. Dolores*



dado del todo solo, una vez que las tropas populares dejaron de existir. Estaba tan solo como el día que partió rumbo al destierro de Colima, a pesar de lo cual su naturaleza optimista todavía no le abandonaba: "Desgracias, sólo desgracias, pero no hay que temer, ya veremos, ya veremos . . ."

Las recriminaciones de Allende y los otros oficiales no terminaban. Apenas más allá de Aguascalientes, al juntarse los grupos diversos en la hacienda de Pavellón el grupo allendista se volvió contra Hidalgo y en secreto, por temor a su tremenda popularidad, le arrebataron el mando supremo que se otorgó a Allende.

Un desastre seguía a otro. Zacatecas que se había tomado apenas unas semanas no parecía lugar seguro. Lugar de importancia, era una de las grandes esperanzas de los fugitivos, pero las noticias de Puente de Calderón y la reconquista y pacificación que con la espada y el indulto iba logrando Venegas, habían enfriado los ímpetus independentistas en todas partes. Decidieron por tanto partir a Saltillo, donde un consejo general eligió a López Rayón para quedar como jefe del movimiento en el centro de México. El fiel secretario de Hidalgo tuvo que volver sobre sus pasos. Ahí también fue recibida la proposición de indulto del Virrey. Allende e Hidalgo contestaron a Venegas: "Que en desempeño de su nombramiento y de la obligación que como patriotas americanos les estrechan, no dejarán las armas de las manos hasta no haber arrancado a la de los opresores, la estimable alhaja de la libertad . . . el indulto, Sr. Excmo., es para los criminales, no para los defensores de la Patria."

La triste caravana se adentró en las tierras desérticas y monótonas del norte de México, lo desconocido para todos aquellos hombres del Bajío mexicano. Los ánimos habían desaparecido, se marchaba como por inercia. Sólo hacía falta quien aprovechara las circunstancias para aprehenderlos. Y eso fue lo que decidió hacer Ignacio Elizondo, un capitán que había fluctuado entre la insurgencia y el realismo y que enterado de las derrotas recientes, no dudaba de que lado estaban ahora sus simpatías. Enterado por los despachos de Mariano Jiménez de la ruta que tomarían los fugitivos, le propuso encontrarlos en un lugar conocido como las Norias de Baján donde los viajeros se abastecían de agua, para seguir con ellos custodiándolos. Y así lo hizo. Puso sus fuerzas tras unos matorrales al otro lado de la colina que conduce al lugar mencionado y pudo detener carro tras carro sin que los demás se percataran de que estaban cayendo en una emboscada. Sólo Allende trató de resistir y en el tiroteo murieron su hijo Indalecio y Arias. Era el 21 de marzo de 1811.

En condiciones humillantes e inhumanas fueron conducidos los principales hombres a Chihuahua, ya que nadie quería arriesgar su seguridad con un traslado a la capital. El 23 de abril, después de una penosa marcha, llegaron a Chihuahua y dos semanas después se iniciaban los juicios ante el tribunal militar.

Hidalgo cumplía por entonces cincuenta y ocho años, pero desde Puente de Calderón había envejecido mucho. Podemos con facilidad reconstruir su triste estado. Durante los largos días de la retirada y de la prisión, debe haber repasado en su mente todos sus errores, sin poder evitar las autorecriminaciones. Había tenido que sufrir, con su carácter soberbio y seguro, el escarnio de sus colaboradores. El juicio, además, le obligó a repasar todas las muertes y desgracias que su movimiento había causado y por poca vocación de pastor de almas que tuviera, no puede uno menos que imaginar la gran contricción que debe haberle invadido. Durante el proceso fue el único que no intentó eludir una sola de sus responsabilidades en la lucha. Se le hizo firmar, con seguridad sin resistencia, un documento en el que se retractaba de lo hecho. El Hidalgo del proceso era un hombre íntegro, pero derrotado, al fin. Se sentía dispuesto a morir por su sueño fugaz de libertad. Una vez condenado a muerte, se le degradó el 29 de julio y el 30 fue pasado por las armas. El mismo ofreció un blanco a los soldados, colocando su mano sobre su pecho.

El gobierno virreinal no pudo evitar el acto monstruoso de exhibirlo muerto en Chihuahua y decapitarlo después. Su cabeza, junto a las de Allende, Aldama y Jiménez fue colgada en una de las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, por toda una década. Todo parecía terminado, pero no hay duda que el movimiento de Hidalgo había herido de muerte al Virreinato.

Bibliografía

Alamán, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808, hasta la época presente*. México, 1849-52. 5 vols. Castillo Ledon, Luis, *Hidalgo, la vida del héroe*. México, 1948-49. 2 vols. Hamill, Hugh, *The Hidalgo Revolt*. Gainesville, The University of Florida Press, 1966. Hernández y D'Avalos, J. E. (ed.), *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia en México, 1808-1821*. México, 1877-82. 6 vols. Lemoine, Ernesto. Maza, Francisco de la, *La ruta del padre de la patria*. México, Secretaría de Hacienda, 1960. Maza, Francisco de la, *La ruta del padre de la patria*. México, Secretaría de Hacienda, 1960. Riva Palacio, Vicente (ed.), *México a través de los siglos*. México, 1888-89. 5 vols. Villoro, Luis, *La revolución de independencia*. México, UNAM, 1953. Zavala, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*. París y Nueva York, 1831-32. 2 vols.

YA ESTA EN VENTA

La tapa
del volumen 1
de

LOS HOMBRES

de la historia

***El Siglo* XX**

$180 el sobre

Cómprela en su quiosco y forme un magnífico tomo encuadernado con los primeros dieciocho fascículos.

El precio de $ 120.— el fascículo será ahora estable si los costos no se modifican. Aunque los aumentos en los costos han sido fuertes y bruscos, nosotros hemos hecho aumentos graduales para perjudicar al lector lo menos posible. De todos modos, nos hemos situado en un precio

Nº 37 al 33 $ 120.-
Nº 32 al 1 $ 140.-

